

LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA: INTEGRACIÓN, AGGIORNAMENTO Y COMPROMISO SOCIAL

Miguel Rojas Mix

Es necesario pensar la universidad desde una filosofía. Eso le da su singularidad en tanto expresión latinoamericana. Pero la filosofía en su sentido más original, según la definía Sócrates en el Eutidemo de Platón: como “el uso del saber para ventaja del hombre”. Lo que quiere decir que de nada sirve la ciencia si no sabemos servirnos de ella. Es pues desde una filosofía que se plantean las preguntas sobre el saber de la Universidad y desde una praxis desde donde se interroga sobre su función formadora y profesional. Pero “saber servirse” alude también a la pertinencia. En realidad es desde una filosofía desde donde nos planteamos la pertinencia del uso del saber.

En este sentido es preciso abordar diversos campos que son esenciales o son competencias de la universidad latinoamericana:

En primer lugar el contexto. El contexto de nuestra universidad es el de América Latina. Lo que nos señala dos rutas. Una: La realidad en que se produce el saber y otra, paralela, el destino que damos a ese saber para servirnos adecuadamente de él. El concepto de América Latina es multicultural y se reúnen en él diversas comprensiones de América, Iberoamérica, Indoamérica, Afroamérica y para algunos incluso la de Panamérica. Cada uno de estos conceptos tiene un protagonista distinto y nos remite a un sujeto social diferente. La evolución política más reciente lo señala. Estamos contemplando el surgimiento ciudadano de los pueblos indígenas, que solicitan una apertura cultural en la cual no sea solamente el hombre blanco el protagonista de la historia. El indigenismo andino ha saltado con decisión a la política, exigiendo protagonismo en las instituciones y visibilidad para su cultura y sus tradiciones en el cuadro nacional.

Una asignatura pendiente de las universidades, así como de los países es la integración. La idea de América Latina fue fundada en el siglo XIX, más precisamente en 1856, por un filósofo latinoamericano nacido en Chile, Francisco Bilbao. Después se apropiaron de ella los franceses para legitimar, en nombre de la “latinidad”, su incursión en México. Nació la idea del espíritu progresista de la época, como bandera de la integración y para oponerse al imperialismo de los EEUU que acaban de despojar a México la mitad de su territorio. No hizo cuestión de razas ni de regímenes: el concepto abarcaba a todos los abuelos de Nicolás Guillén: el abuelo blanco, el abuelo negro y el abuelo indio, a las repúblicas americanas y al imperial Brasil. En el siglo XX la idea fue llevada adelante por los intelectuales llamados “comprometidos” Neruda que escribió “América no invoco tu nombre en vano”, García Márquez que encontró la América profunda en las soledades de Macondo y Cortázar que unía a América con Europa tirando un tablón entre los dos ventanas del océano para dialogar con la Maga. Y podemos seguir enumerando intelectuales, artistas y escritores que, desde el Río Grande al Cabo de Hornos, se comprometieron con la idea. Podemos hablar del “cinema novo” y, en fin, de tantos artistas que quisieron darle imagen a Nuestra América. Ellos nos enseñaron a ser latinoamericanos. A ver la realidad desde nuestro horizonte y no desde la atalaya ajena. Al afamado pintor chileno Roberto Matta le preguntó un crítico: “Ud. Matta se reconoce como surrealista”. “No, respondió Matta: Yo soy un realista del sur”. Y aquí pasamos a la otra ruta. Al destino que damos al saber para servirnos de él adecuadamente: Al proyecto. El proyecto de nación, el proyecto democrático, el

proyecto de integración. Ese destino es un norte y nuestro norte es el sur. Debemos ser realistas del sur.

Ese es el contexto latinoamericano. La universidad debe situarse dentro de él: Debe transmitir la identidad y enseñar a pensar en latinoamericano, eso es lo que hace el pensamiento pertinente (perteneciente y conducente, explica el Diccionario de la Real Academia Española) y nos permite abordar con intereses propios la información ajena. He dicho y reitero que en el mundo que estamos viviendo la sociedad de la información no nos pertenece. Pero, si la sociedad del conocimiento que es la información seleccionada y procesada de acuerdo a nuestros intereses. En la sociedad de la información jugamos en cancha ajena; en la sociedad del conocimiento jugamos en cancha propia. De ahí la importancia del pensamiento crítico. Es fundamental para transformar la información en conocimiento, pues de él salen los criterios de pertinencia. La sociedad del conocimiento la creamos nosotros Ella si que es nuestra. Y seremos lo que nosotros hagamos de ella.

Quienes fundaron la universidad moderna en los siglos XIX y XX presentaron la universidad como una institución esencial para el progreso de la nación, del ciudadano y del individuo planetario. Tesis esencial de quienes desarrollaron esta concepción como Friedrich von Schelling (1775-1854), Johann Fichte (1762-1814) y Guillermo de Humboldt (1767-1835), fue que había que anteponer la formación a la acumulación de conocimientos e impedir por todos los medios que las facultades se convirtieran en meras escuelas profesionales. Se pensaba la universidad como ente público, destinada a asumir las más altas misiones del Estado: educar en el contenido moral y espiritual de la nación y asegurar la transmisión del saber y la formación profesional. Si se orientaban prioritariamente por la perspectiva profesional, eso significaba que sus grandes funciones iban a estar absolutamente limitadas.

En América, en 1842, Andrés Bello fundó la Universidad de Chile basado en una concepción formadora, en el humanismo integral

En el siglo XX se definieron nuevas concepciones. Max Weber (1864-1920) concibió una universidad puramente científica, aséptica en política, religión o cualquier ideología. Max Scheler (1874-1928) fue el precursor de la universidad popular, destinada a formar las masas obreras. Karl Jaspers (1883-1969) consideró que la esencia de la ciencia y sus supuestos espirituales constituyen el contenido nuclear de la universidad, por lo que concentra en ella todas las tareas de la cultura superior.

De particular interés es el pensamiento de Max Adler, socialista austriaco, que unió en el marxismo al imperativo kantiano. En *Neue Menschen. Gedanken Über Sozialistische Erziehung* (1923), señalaba que el crear hombres nuevos era una empresa puramente educativa. Hablaba de hombre sin establecer distinción alguna entre varón y mujer. Ambos desempeñaban un papel parejo a la hora de construir la sociedad. El ser humano, como parte de una nueva humanidad, tenía que realizarse a sí mismo al servicio de una causa. No del nacionalismo, sino en la construcción de una sociedad más humana. La idea de *Bildung* (formación) que él destacaba, significaba que la educación no debía ser exclusivamente pragmática sino dirigida a la renovación y creación de la sociedad futura. El hombre como parte de una nueva humanidad no sería capaz de servir a una causa sin haber cultivado su mente y su carácter como ser humano libre y moral. El concepto de *Bildung*, que había servido para hacer progresar la emancipación de la burguesía, servía también para apoyar la de los trabajadores.

En el siglo XX, en el 18, anterior a la reflexión de Adler y anticipando sus conceptos, la universidad latinoamericana será marcada por un hecho relevante: la Reforma Universitaria de Córdoba. Sólo entonces asume el celo democrático. El aporte

esencial de la Reforma fue que integró la equidad a la función social: la universidad para todos según sus capacidades, no según sus medios.

En 1930 apareció Misión de la universidad, de Ortega y Gasset. Venía publicando ensayos sobre la educación desde 1910. En 1916 Ortega estuvo en Argentina, conoció a Deodoro Roca, principal ideólogo de la Reforma, de quien dice en sus escritos que es el hombre más inteligente que conoció en Argentina. Volvió a Argentina el 28. Ortega retomó muchas de las ideas de la Reforma de Córdoba. Su reflexión esencial era definir la universidad como instrumento de modernidad y desarrollo.

Ortega y Gasset señalaba que eran tres las funciones de la universidad: la docencia, la investigación y la cultura. Es preciso detenerse en ellas porque no han perdido actualidad:

La docencia comprende por una parte la instrucción profesional y por otra la formación. La primera consiste en enseñar destrezas para ejercer una profesión u oficio.

La formación es el principio básico de la educación. Así lo concibieron los griegos desde la época de Homero: El concepto griego de educación "*paideia*" estaba enfocado en la formación del hombre y del ciudadano. En este contexto, la dialéctica y la mayéutica, practicada por Sócrates en sus famosos diálogos, eran consideradas técnicas capaces de hacer progresar el razonamiento y el conocimiento. Igualmente, Platón y Aristóteles consideraban que la pedagogía debía ponerse al servicio de fines éticos y políticos. La *paideia* formaba mediante la mimesis de un modelo de virtud: la areté. Virtud no el sentido ético sino en el sentido de *virtú*, excelencia: la suma de valores que hacían al hombre excelso. Max Adler, ya citado, cambió el concepto de mimesis por el Bildung,

Hasta fines del siglo XX la educación se consideró como una etapa en la vida del hombre. Hoy se afirma la idea de que la educación debe ser un proceso continuo a lo largo de la vida. Esto tiene que ver con la rápida obsolescencia del conocimiento y el tiempo necesario de renovación. En 1920, en las ciencias duras, lo aprendido en la universidad tenía una validez de cuarenta años; en el 2000 se estima que tiene una validez de dos años. Tiene que ver asimismo con el constante acceso al mayor conocimiento, lo que es un ingrediente esencial para potenciar un mayor sentido de la responsabilidad ciudadana y una mayor capacidad de respuesta por parte de todos los países más o menos desarrollados. La educación es formación para la vida, en la cual cada uno debe constituirse en creador de riquezas. Con las nuevas tecnologías tenemos que estar concientes que enlazar la enseñanza no reglada o periférica con la enseñanza reglada o sistemática, es sin duda una de las mayores prioridades y expectativas del futuro. Se trata de uno de los temas básicos del aggiornamento de la docencia, porque implica el desarrollo creciente del auto aprendizaje. Dado que cada vez los individuos aprenderán más por si mismos.

En el contexto de América Latina, en particular se necesita una educación que contribuya eficazmente a la convivencia democrática, a la tolerancia y a un espíritu de solidaridad y de cooperación que redistribuya las oportunidades. En un continente con países, que viene saliendo de la terrible crisis democrática que provocaron las dictaduras y que figuran en el triste ranking de tener las mayores desigualdades sociales del planeta, el capital humano será el principal recurso de todos cuantos disponemos; en particular considerando la rapidez con que circula el conocimiento y la creciente interdependencias de los países. No podemos dilapidarlo.

El sistema educativo que se elija en cada región debe depender esencialmente de la sociedad que los conciudadanos deseen para ellos mismos y para sus descendientes.

De ahí la urgencia en diseñar el un nuevo paradigma educativo para el siglo XXI. En materia de educación superior el mayor esfuerzo debe dedicarse a rediseñar las instituciones, para hacerlas capaces de adaptar sus medios a las nuevas necesidades sociales e individuales y las nuevas formas de conocimiento e inteligencia. Se hace indispensable un nuevo pacto académico curricular que incorpore -entre otras- la cultura de paz, los derechos humanos, la cultura visual, la bioética (al estudio de las implicaciones morales de los descubrimientos biomédicos), la biodiversidad, la inteligencia animal, etc. Temas todos que llevan a repensar cuál es el puesto del hombre en el Cosmos. La gran pregunta de hoy parece ser ¿Podemos seguir pesando la filosofía y la ciencia, como si el hombre fuera la medida de todas las cosas? Y cuando digo hombre más que referirme al género humano me refiero al hombre blanco.

Las nuevas tecnologías generan también cambios de inteligencia. En realidad una de las grandes mutaciones del siglo es que estamos pasando de una inteligencia alfabética a una inteligencia visual. De una inteligencia analítica, estructurada y jerarquizada, como es la inteligencia del logos, a la inteligencia del ícono que no tiene una sucesión de orden , que es genérica, no descompone el contenido del pensamiento sino que lo evoca globalmente, designa categorías más que individuos. Con el desarrollo de la inteligencia visual pasamos a la cultura del imaginario. Los últimos años se han caracterizado por una gradual pérdida de la afición por la lectura y un considerable aumento del consumo de imágenes.

Acción urgente de nuestras universidades es el aggiornamento universitario (la puesta al día). La puesta al día no es solo dejar de pensar la universidad como si estuviéramos en el siglo XIX, y pensarla para el siglo XXI, tampoco se limita a dejar de pensarla bajo la torre de marfil para pensarla dentro de la torre del Shopping Center. Es eso, y más que todo eso. Es pensar la universidad en valores y frente a las nuevas formas de transmisión del conocimiento, lo que exige renovar pedagogías, métodos de investigación, repensar la relación profesor/estudiante. Implica asimismo descubrir lo obsoleto, diseñar los nuevos currícula y desterrar las cegueras. Platón definía la ignorancia como “la ilusión de la sabiduría” Pero para mi eso es más bien la ceguera. Kubrik tituló su última película “Eyes wide shut”. Así tiene uno la impresión que quieren avanzar algunos de los que proponen políticas universitarias que en otra parte yo he titulado como de las “Torres del Shopping”. Se adaptan con los ojos cerrados al “Nuevo Orden Mundial” sin reflexionar sobre sus consecuencias sociales; o al Consenso de Washington –para ser directos- que no ha producido ninguna expansión económica significativa en Latinoamérica; en cambio si algunas crisis severas, y que integra mecanismos que aseguran el desarrollo de un pequeño grupo elitista de altos ingresos económicos, los cuales tienden a acceder al poder político y así sustentar las políticas económicas y educacionales que los privilegian, mientras mantienen a los sectores más desfavorecidos en el subdesarrollo y la pobreza.. El futuro de la universidad latinoamericana debemos pensarlo con “The Eyes wide open”

Base del conocimiento es la comprensión. Ésta implica incluso la ignorancia, pero la ignorancia positiva, enriquecedora, que consiste en saber cuándo no se sabe. Y esta ignorancia positiva la universidad sólo puede comunicarla activando su función intelectual. Ejercer la ignorancia es una habilidad. No se puede ser líder si no se está dispuesto a correr el riesgo de no saber. Pero ese no saber hay que saber practicarlo. Una importante función intelectual de la universidad consiste en saber que es necesario asumir la ignorancia y desterrar la ceguera.

La ignorancia positiva forma parte de la cultura. La cultura comienza por saber qué no se sabe.

Hablar de los currícula del futuro no es ciencia-ficción, pero es anticipación, y eso requiere un esfuerzo de imaginación que debemos hacer. Pero hacerlo en conjunto.

La investigación

Otra función de la universidad es la investigación. En la mayoría de los países de Nuestra América la investigación sólo se hace en la universidad. A menudo con medios precarios y poco presupuesto. Lo que produce una importante fuga de cerebros, investigadores y científicos que buscan condiciones favorables para su trabajo en países industrializados. Muchos de ellos siguen conectados con sus universidades de origen, otros pierden el contacto con la universidad o con la ciencia, como muchos de los que tuvieron que salir empujados por la represión dictatorial o que tuvieron que sobrevivir en la clandestinidad del exilio interno. Los jóvenes que se forman hoy como científicos en nuestras universidades, aparte de su afición por la ciencia, buscan resultados cuantificables para sustentar su currículo universitario en vista a consolidar su situación académica. En este campo lo más preocupantes respecto a la pertinencia social de la investigación, son los mecanismos de manipulación que se pueden ejercer desde fuera a través del sistema de indexación

El Citation Index (del Institute for Scientific Information de Filadelfia (USA), mide el impacto de los artículo por número de citas. Igual cosa para las revistas científicas (Journal Impact Factor). La aceptación generalizada de esta forma de evaluar ha hecho que los investigadores tiendan a publicar sus resultados en las revistas de más elevado índice, lo que a su vez provoca cambios muy importantes en la orientación de la investigación en muchas disciplinas, los investigadores se orientan a producir aportes más breves en campos de alta rentabilidad curricular: biodiversidad o recursos naturales, por ejemplo.

Este sistema de evaluación plantea serios problemas: Orienta la investigación de los países en desarrollo según los intereses de los países que manejan los sistemas de evaluación. Impone la moda científica como rentabilidad. No considera la importancia que puede tener un ensayo a largo plazo ¿Durante cuanto tiempo debe analizarse el impacto de un trabajo concreto? Hay contribuciones que pueden tener un gran impacto en los primeros 10 años, pero otras con un impacto menor inmediato se seguirán citando 50, 100 o más años después. No tiene en cuenta los criterios de pertinencia regionales, nacionales o locales.

Como dice en una entrevista el físico y epistemólogo Rolando García, fundador de COINICET: “La ciencia debe estar incluida en un plan nacional de desarrollo”

La gran pregunta es: ¿qué investigación es sostenible en los países en desarrollo? Porque la investigación es indispensable para que la universidad exista. Pero es evidente que los países en desarrollo, por una parte, no cuentan con los medios para emprender líneas de investigación de punta como pueden disponer las grandes universidades del mundo desarrollado o los mayores institutos científicos. Esto no quiere decir que la investigación no tiene que tender a una alta calidad, pero hay que intentar que sea pertinente. Y, por otra parte, en América Latina es muy escasa la investigación que se hace fuera de la universidad, a diferencia igualmente de los países centrales. Sin duda que es preciso invertir en una investigación científica de calidad. Todo el mundo entiende ahora que el progreso pasa por invertir en I+D. Pero asimismo es necesario aumentar su rentabilidad promoviendo modalidades innovadoras de aprovechamiento compartido del saber. Adecuado sería desarrollar las posibilidades virtuales del “colaboratorio” institución que une laboratorios, cuya colaboración y permite a los

investigadores trabajar en redes transfronterizas, lo que podría disminuir seriamente la brecha científica entre el Norte y el Sur.

Un nuevo concepto que adquiere cada vez mayor importancia en la planificación de la investigación es el de I+D+i. La idea de base es que para lograr el desarrollo del conocimiento es necesaria la interacción de todos los agentes sociales. No basta con la apuesta decidida de la Administración. La participación empresarial es indispensable. El Plan Nacional de España 2004-2007, incide de manera especial en la aportación del sector privado en la I+D+i. El Plan pretende no sólo elevar la capacidad tecnológica e innovadora de las empresas, sino también promover un tejido empresarial innovador y crear un entorno favorable a la inversión en I+D+i, sin perder de vista que es necesaria una mayor interacción entre el sector público y el privado. El plan también apunta a mejorar las salidas laborales de los titulados

La extensión cultural

Finalmente, entre las funciones de la universidad definidas por Ortega, la extensión cultural es una función de extrema importancia en América Latina. Mucho más que en Europa. En Europa las ciudades cuentan con un acervo cultural que traza el pasado histórico de Occidente y que forma parte de la educación ambiental y cotidiana del ciudadano. La cultura y la historia están en la calle. Aparte de la actividad editorial, las universidades europeas no tienen un aparato cultural de importancia. En América en la mayoría de las ciudades –salvo en las que guardan los restos de el pasado precolombino o de las que fueron importantes focos coloniales-, ese patrimonio no existe. Incluso en éstas es un patrimonio reivindicado culturalmente en forma reciente. Como no hace parte del legado occidental; se considera fuera de la historia universal, que es la historia del progreso. Ser depositarios de la historia occidental da validez universal al pensamiento europeo y hoy al euroamericano. La historia de Occidente y la historia universal se confunden. Representan el valor de la civilización y la cumbre de la cultura. Lo que es sustentando por un poderoso aparato de mercado, ediciones, sistema de galerías, que presentan la creación o el pensamiento europeo como valores. Los latinoamericanos no contamos con ese gigantesco aparato promocional, lo que hace que el pensamiento europeo se difunda mucho más que el nuestro y se refleje predominantemente en las universidades latinoamericanas, generando modas de colonización académica. Es tarea de la universidad latinoamericana, crear valor de lo propio, formar en el pensamiento crítico. En una conferencia reciente hablé de la citorrea, una enfermedad contagiosa –dije- de quienes en conferencias y defensas de tesis nos ahogan con citas, al final de cada párrafo una. Como si las citas lo liberaran de la necesidad de pensar. Revisando una reciente edición, de las obras completas de Ortega y Gasset encontré este texto inédito en que reitera lo que entonces quise decir: “Los que son sabios de opiniones ajenas, pero no se las han incorporado y hecho propias, no son íntimamente sabios” Es preciso curarse de esta enfermedad colonial. Por eso para tener un pensamiento propio es necesario desarrollar la educación en valores.

Respecto a la globalización -uno de los grandes temas de nuestro tiempo- la universidad debe discernir criterios de pertinencia. Para instaurarlos debe formar culturalmente y entender la cultura desde un punto de vista específico, como la definió la declaración final de la Conferencia Mundial de la UNESCO sobre políticas culturales, celebrada en México durante julio y agosto de 1982: "Cada cultura representa un conjunto de valores únicos e irremplazables, ya que las expresiones y formas de expresión de cada pueblo constituyen su manera más lograda de estar en el mundo." Es obvio que se definió la cultura como identidad. Y es fundamental plantearla

así, porque sólo desde la cultura podemos crear criterios de pertinencia. ¿Qué son estos criterios de pertinencia? Simplemente las herramientas conceptuales necesarias para saber discernir, en ese enorme caudal de información que nos trae la globalización, aquello que conviene a nuestro desarrollo y que refuerza nuestra identidad.

La universidad debe formar al hombre culto para que sea innovador. El innovador es alguien que rompe la ceguera antes que los otros, que visualiza posibilidades antes de que se realicen.

No basta con enseñar la cultura para formarnos una idea del mundo, es también necesario que nos formemos una idea de cuáles son nuestras acciones posibles en él y sobre él, y que esto lo hagamos con realismo. Necesitamos desarrollar un plan. Ese plan, cuando encarna una idea colectiva de futuro, es una utopía, pero una utopía concreta, una sociedad como la quisiéramos. Un lugar que no existe. Pero que no existe, todavía y que podemos construir. La universidad debe estudiar la utopía, y preparar a la sociedad para que ésta Utopía se transforme en topía, lugar concreto que la voluntad humana hace posible.

Es desde el compromiso ético de la universidad latinoamericana que creo que es necesario pensar su realidad, los retos a los que debe hacer frente en el siglo XXI y las diferencias que hay entre ella y las universidades de otras civilizaciones; en particular de la civilización euroamericana, que aparte de ser hegemónica, es la que tenemos más cerca y sin lugar a dudas la que más influye en nosotros. Debemos reflexionar sobre estos temas en lo conceptual y en lo práctico.

La universidad no sólo debe habilitar al profesional, debe formar también al intelectual –y éste es un malogro de la universidad actual-. Un intelectual que influya éticamente, un intelectual portador de valores. Un intelectual que la universidad puede constituir desarrollando en él el espíritu crítico, la crítica científica, enseñándole a denunciar el dogmatismo y ahondando en la identidad. Es por eso que es ineludible devolver a la universidad el espíritu intelectual. La vida pública necesita la intervención de la universidad. La sociedad necesita ser regida por valores y no manipulada por poderes fácticos.

Es preciso desarrollar la solidaridad internacional y la cooperación con el objetivo de erradicar la pobreza. Asumir nuevos conceptos de educación, indispensables si consideramos las exigencias de la aceleración del tiempo. Ello va a producir una rápida obsolescencia de determinados saberes. Implicará el reconocimiento de nuevos derechos humanos que defiendan la vida privada frente a las tecnologías intrusivas. Provocará grandes cuestionamientos sobre los límites éticos del crecimiento y de la ciencia: ecológicos, bioéticos etc., sin hablar de lo político. Cambios que nos llevan a reformular la ética como una moral dinámica, atenta a la historia y anticipadora de ella: una ética del futuro que ya es presente.

He señalado ya en otras ocasiones lo que ha sido para mí la autonomía. Como estudiante, fue una especie de derecho de asilo que me protegía de la policía cuando nos perseguía, dispersando manifestaciones y huelgas estudiantiles. Cuando fui profesor me garantizaba la libertad de cátedra, el derecho a opinar y a ser disidente. La autonomía se esfumó como un sueño de verano con la irrupción de las dictaduras. A nadie se le ocurrió ni siquiera mencionar la palabra frente a Videla o Pinochet. En grandes líneas era una forma de defender a la universidad de la ingerencia del Estado, pero del estado democrático. No del estado dictatorial que funcionaba a la represión. Hoy en día – en la sociedad neoliberal-, el Estado lejos de amenazar a la Universidad, acercándose oficiosamente a ella, más bien se aleja y la autonomía universitaria se ve más acosada por los poderes fácticos que por el Estado. En la situación actual me parece oportuno redefinir la autonomía. Cornelius Castoriadis nos proporciona un concepto que es válido

para pensarlo en el marco universitario. La autonomía es una idea central en su propuesta filosófica. La sociedad –afirma- se debate entre dos conflictos: la heteronomía (alienación) y la autonomía (manifestación de libertad). Comento. Si la heteronomía equivale a la razón perezosa, la ignava ratio, (aquella con que miramos desidiosos horas y horas la televisión); si corresponde a la postura del ser alienado (dependiente) que no puede accionar y está imposibilitado para instrumentar propuestas de cambio, la autonomía –en cambio- se expresa en la capacidad de reflexionar, de reflexionar sobre las significaciones e instituir de modo lúcido otras nuevas significaciones. Nada describe mejor el pensamiento crítico. La autonomía universitaria está hoy en el pensamiento crítico y no en el pensamiento único.

Otro aspecto, que no podemos olvidar es una tema que deslinda con la antropología filosófica: La antropología como ciencia filosófica alude a lo que el hombre debe ser en relación a lo que es. El debe ser es un paradigma que subyace en toda propuesta educativa. Ya en la *paideia* homérica encontramos que Aquiles y Odiseo encarnaban un modelo educativo en que se resumían los valores de la época: la areté. La escolástica exaltó el santo como modelo. Para el Renacimiento, Maquiavelo propuso al Príncipe como ideal político formativo. Con la Ilustración, Rousseau afirmó que el objetivo fundamental de la democracia era educar al hombre en potencia, e insistió en su función política: la formación del ciudadano. El héroe fue el paradigma que Thomas Carlyle ofreció a la Época Victoriana. *En On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History* (1841) sostiene que el avance de la civilización se debe a la actividad de los héroes, expresa su odio y temor a la democracia mientras alaba la sociedad aristocrática. Émile Durkheim, convencido de que la pedagogía era un producto de un determinado momento de la historia, le asignó como misión preparar al individuo para la sociedad en la que está llamado a evolucionar. John Dewey vinculó la idea democrática al *american dream* y al individualismo. Y en ese paradigma se formaron generaciones de estadounidenses hasta la guerra de Vietnam, Huzinga propuso el “*homo ludens*”: la cultura como juego, que legitimaba al intelectual de la torre de marfil;. La revolución cubana y en general los movimientos revolucionarios de América Latina, se plantearon la formación del “hombre nuevo”, un concepto que ya había avanzado Adler: Señalaban que el crear hombres nuevos era una empresa prioritariamente educativa. La respuesta fue la Trilateral. Y en este punto quiero extenderme más porque es pertinente al análisis del modelo formativo de la universidad actual. La respuesta se encuentra en el informe presentado a la Comisión Trilateral por Michel Crozier, Samuel P. Huntington y Joli Watanuki. En él se manifiesta la alarma por el papel que desempeñan los intelectuales dentro del sistema democrático. El régimen democrático es demasiado permisivo afirmaban y hay que limitarlo. Su permisividad hace, por una parte, que demasiada gente tenga acceso a una educación superior y, por otra, que en su seno se genere un intelectual “portador de valores”, que es el intelectual contestatario, el que se opone al sistema. El intelectual “portador de valores” continuaban es peligroso y es preciso hacerlo desaparecer y reemplazarlo por otro, por el “intelectual práctico”, aquél que se orienta por la integración en el circuito económico y no reflexiona ni sobre problemas sociales ni sobre problemas filosóficos. Este cambio de intelectual significaba, por supuesto, modificar el proyecto de sociedad liberal, transformando los valores, cambiando los signos de prestigio y, por ende, el modelo educativo. En el momento actual dos imágenes del hombre moderno dominan los proyectos pedagógicos que corresponden al cambio: la del *homo videns*, como la denominó Sartorius y la del *homo economicus*. Se piensa en ambos para preparar al hombre global. Volviendo a América Latina debemos reflexionar igualmente que hombre queremos formar. Propuse llamarlo profesional social u hombre sistémico, que es el que conjugue las destrezas

profesionales con las responsabilidades éticas del ciudadano. Innovador y capaz de influir. Un intelectual que la universidad puede formar desarrollando en él el espíritu crítico, la crítica científica, y enseñándole a denunciar el dogmatismo y ahondando en la identidad. El hombre sistémico pertenece a la totalidad del sistema social, por oposición al hombre fragmentado o unidimensional.

Si estamos convencidos de que nuestro futuro planetario está en la integración, la universidad debe comprometerse con ese destino en una política de cooperación académica. Incluir en los curricula del futuro la creación de redes temáticas, multidisciplinarias y asociativas de universidades, destinadas a responder y anticipar los desafíos sociales, a desarrollar la pertinencia de la investigación científica, formando a las nuevas generaciones en concepciones mucho más amplias, que abarquen e integren el conocimiento de la historia, la literatura, la cultura, las ciencias y las artes en estructuras comprensivas de todo el continente latinoamericano. Ordenaciones que les hagan sentir que tienen una identidad común. A diferencia de la destreza profesional que se adquiere en el claustro de una especialidad, el conocimiento creativo es una obra abierta, de ingeniería. Consiste en saber tender puentes entre la vida, las artes y la ciencia.

Por otra parte la redes pluridisciplinarias apunta a la recomposición del saber. Señala Edgard Morin que la hiper-especialización generalizada, la división de los saberes según especialidades cerradas, más la orientación de la educación hacia el mercado, es decir marcada por el espíritu de lucro, provocan la pérdida de la solidaridad social. Es necesario reivindicar la sabiduría como forma privilegiada del conocimiento. El cientifismo maniqueísta y la carrera curricular han llevado a una fragmentación cada vez mayor del saber. Lo cual no sólo nos aleja de la sabiduría, sino que dificulta el pensamiento crítico. Las ciencias se han vuelto tan especializadas y tecnológicas que se está perdiendo la pasión por el conocimiento. La sabiduría agrega a la erudición la experiencia. La sabiduría contiene la memoria histórica. Hoy se quiere sustituir esta memoria por otra basada en el culto a una inteligencia tecnológica, numérica, digital, con lo cual la sabiduría pierde su lugar y su hegemonía para orientar el conocimiento. La universidad debe responsabilizarse de que ambas inteligencias puedan no solo subsistir, sino que sumarse, puesto que el conocimiento pertinente se construye con ambas.

Si se me solicita una reflexión que compare la universidad europea con la latinoamericana, señalaría en primer lugar que en lo institucional la comparación es difícil por la diversidad estatutaria entre las propias universidades europeas y las mismas entre las universidades latinoamericanas. La gran diferencia está en realidad en los fines que persiguen y en el contexto en que se piensan; es decir en la filosofía y en la sociología de la universidad. Particularmente me resisto a comparar y prefiero precisar las singularidades. Las comparaciones que no parten de las singularidades son siempre peligrosas. En mis investigaciones sobre la imagen de América en Europa me encontré con muchas comparaciones que proyectaban una abominable imagen de nuestro continente, justamente al evaluarlo por analogía. Por otra parte la historia ha mostrado que los convenios Norte/Sur a menudo conllevan el mismo riesgo que la cooperación que le propuso la gallina al cerdo: "Hagamos jamón con huevos", le propuso. Y el cerdo aceptó. Hasta que se dio cuenta que para ello tenían que cortarlo en rodajas. Por eso lo primero es fijar las singularidades y luego, establecidas, a partir de ello, comparar.

Algunas singularidades importantes:

Entre las singularidades importantes, una fundamental es en lo que se refiere al proceso de integración. La universidad europea se construye después de haberse

constituido la UE y para afianzar el proceso de integración económica y comercial, teniendo como asignatura pendiente la integración cultural, que, dada la diversidad lingüística y de tradiciones de los países europeos, será extremadamente difícil de realizar. La universidad latinoamericana se construye para anticipar el proceso de integración económica y comercial y tiene la ventaja de tener como basamento la integración cultural

Las funciones sociales que debe cumplir la universidad latinoamericana son otras. La extensión cultural como se ha dicho es en una tarea principal de la universidad en América Latina. No así en Europa, Al menos no en la misma medida

El contenido ético. En los países periféricos el contenido ético de la universidad se plantea de forma diversa que lo se plantea en la universidad europea. La lucha contra la pobreza, la equidad y la democracia son temas éticos que movilizan a las universidades. Tenemos un atraso considerable en la equidad, de suerte que el salto hacia la modernidad monetaria, está creando bolsones de pobreza y de marginados que en algunos países se designan como “desechables”. Esto ocurre cuando la política y el desarrollo se entienden como puro crecimiento. Ya he señalado cómo el compromiso social fue el incentivo de la reforma de Córdoba. La universidad no es un ente aislado y su aggiornamiento, cualquiera que sea, tiene importantes consecuencias sobre el tejido social. Es indudable que la universidad alemana no supo, por ejemplo, anticipar los horrores del nazismo. Algunos de los mayores filósofos como Heidegger se unieron a él. Distinto fue la actitud de los universitarios en Mayo del 68 francés. En América en general las universidades fueron focos de resistencia a las dictaduras. En Chile muchas de las víctimas emblemáticas de la represión murieron en las universidades, y permítanme que agregue, en las universidades públicas.

La privatización de las universidades es un problema serio en América Latina donde hay un déficit de equidad social, no es así para Europa. Es un problema porque la universidad privada tiene como objetivo de la formación otros valores, no necesariamente republicanos ni sociales. Sin que esto quiera decir que no los practique, pero no son su prioridad. El tema del laicismo es un ejemplo claro. La Universidad laica tiene como objetivo la formación, la universidad confesional el adoctrinamiento. Para garantizar los derechos del ciudadano la universidad pública no puede ser confesional. Es un derecho de la universidad privada, pero eso implica otro tipo de formación.

Desde la perspectiva ética es peligroso para las universidades latinoamericanas seguir el modelo europeo. Es por ello que tenemos que prestar atención a las consecuencias sociales que puede acarrear seguir los modelos europeos o usamericanos y a las filosofías políticas o económicas que los inspiran. La universidad no es un ente aislado y su aggiornamiento, cualquiera que sea, tiene importantes consecuencias sobre el tejido social. No podemos perder vista la importancia que tiene la universidad abierta para sustentar el equilibrio social. Para el neoliberalismo –por ejemplo- la equidad es inaceptable. Milton Friedman ridiculiza el sistema citando lo que dice el Dodó a Alicia en el País de las Maravillas “todos deben franquear la línea al mismo tiempo. Todos ganan y todos deben tener premio”. Para él existe una contradicción fundamental entre la equidad y el ideal de libertad. Y esta contradicción termina inevitablemente en un estado de terror: como Rusia, China o Camboya –numera-. En materia de educación Friedman considera que la educación como servicio público, financiada por el estado, atenta contra la libertad y la justicia. Los hacendados tienen que pagar por la educación de los que no se han empeñado por trabajar. Y apela a la responsabilidad: las familias que no tienen recursos tienen que controlar la natalidad y tener sólo los hijos que puedan educar.

En Europa, en general la universidad tradicional ha perdido prestigio con la economía de mercado: da títulos que no aseguran empleo y mantiene disciplinas que parecen inútiles frente a la lógica del mercado. Así, a nivel nacional, las universidades sin abandonar aparentemente la idea de aula abierta, sin introducir números clausus, buscan restricciones en los currícula formativos para rentabilizar lo profesional, o crean sistemas paralelos de educación superior cuyos titulados tienen automático acceso al mercado de trabajo. En España se preguntan si pueden seguir manteniéndose titulaciones en las que apenas se matriculan alumnos. Expertos analistas universitarios han manejado el límite de 75 alumnos nuevos por año para que una titulación sea viable. Esto implica la desaparición de muchas asignaturas, todas formativas. En Francia son las grandes Escuelas de Comercio las que han remplazado en prestigio a las universidades. En Alemania donde la Universidad sigue manteniendo la aureola de ser la más alta instancia de Educación Superior, comienza a desarrollarse un proceso discriminatorio otorgando grandes porciones del presupuesto a universidades declaradas de excelencia. Ellas reciben el mayor trozo del pastel. Hasta ahora han sido declaradas de excelencia cerca de 10 universidades: en primer lugar las *Technische Hochschule* y a continuación Göttingen, Heildeberg, Freiburg entre otras. Todas ellas de la antigua Alemania Occidental, de la Alemania del Este, ninguna. Ni siquiera Dresde que es una *Technische Hochschule*, la más grande de Alemania y que forma parte del grupo de las 9 universidades más prestigiosas del país.

En Europa (estrategia de Lisboa 2000/ Consejo de Barcelona 2002) se les ha dado particular importancia a las plataformas tecnológicas para mejorar el futuro de la competitividad aumentando el gasto en I+D+i para convertir a Europa en la economía basada en el conocimiento más competitiva del mundo. En diversas circunstancias la universidad latinoamericana se ha planteado seguir los pasos de la universidad europea. Sin duda que la cooperación universidad empresa es hoy un horizonte al que es preciso atender. Pero la elaboración de nuevos contenidos “empresariales” no solo despierta muchas críticas en sectores que temen una universidad al servicio de la empresa, sino que es preciso evaluar cuál es el costo social.

En mayo de 1998, los ministros encargados de la educación superior de Alemania, Francia, Italia y el Reino Unido suscribieron en París la Declaración de la Sorbona, instando al desarrollo de un Espacio Europeo de la Educación Superior (EEES). Un año más tarde la Declaración de Bolonia marcó los objetivos que apuntan a crear dicho Espacio antes del 2010: evaluación de programas académicos convergentes que aseguren una calidad docente, adopción del sistema de transferencia de créditos que permitirá un reconocimiento académico inmediato de títulos y la movilidad entre países. De sus objetivos hay uno que es indispensable para la integración académica y que nuestras universidades han obviado, que es la implantación de un sistema de créditos con un sistema de transferencia que permita un reconocimiento inmediato de títulos, el ECTS. A continuación está la introducción de nuevas currículas basadas en contenido y competencias y la homogeneidad en titulaciones. Todo el sistema está basado en (ECTS) en el Sistema de Transferencia de Créditos Europeos y es un sistema cerrado para los estudiantes de la UE. Su finalidad última es llegar a una formación de los estudiantes ajustada a un mercado de trabajo que supere las fronteras. El objetivo estratégico tanto de Bolonia como de la posterior reunión del Consejo Europeo celebrado el 2000 en Lisboa es poner la universidad al servicio de una nueva economía basada en el conocimiento. Siguió otras conferencias Praga en 2001, Berlín en 2003, Bergen (Noruega) 2005, Londres, 2007. La próxima se prevé en Benelux 2009; pero son las tres primeras las que establecieron la doctrina, en particular la Declaración de Bolonia.

¿Y qué dicen estos documentos sobre las relaciones entre el espacio académico europeo y otros espacios académicos, como el latinoamericano por ejemplo? Prácticamente nada ¿Hay en el espacio europeo cabida para que puedan ejercer nuestros profesionales? Si nos remitimos al decreto del Ministerio de Educación español sobre convalidaciones y homologaciones vemos que establece en sus artículos 1º y 2º una distinción sutil, pero que puede ser radical. En el 1º habla de la homologación de títulos extranjeros sin distinción; en el 2º habla del reconocimiento profesional de títulos, restringiéndolo a la UE ¿Quiere decir esto que se les reconoce el título pero no pueden ejercer? El paradigma educativo en América Latina debe corresponder a lo que consideremos una sociedad deseable. Para la educación superior -si definimos este concepto como el de una sociedad creativa, justa y solidaria- implica, entre otras, las consideraciones siguientes: la defensa del pasado, si éste desarrolló valores que sustentan ese desiderata; la ruptura con el pasado cuando la problemática del presente sea fundamentalmente diferente de las realidades para las cuales la universidad fue concebida; y la anticipación del futuro. Es indispensable anticipar el futuro, pero nuestro futuro. No educar para el futuro ajeno. Ello implica la paradoja de entender que nuestro futuro cada vez está más inserto en un futuro planetario. El error está en confundir tiempos y situaciones. El ritmo o la velocidad de ejecución y la situación de las sociedades desarrolladas es uno, y el de las sociedades en desarrollo es otro, y requieren una construcción de futuro diferente. Un país que no adopte medidas para una educación superior sería, sufrirá la degradación de su cultura, la confusión de sus pensadores y conocerá el fin de su progreso científico.

Otro aspecto importante que es preciso considerar, tanto de la filosofía como de la praxis universitaria, es el compromiso social de las Universidades de América Latina y el Caribe

Al respecto, resulta oportuno recordar el mensaje de la UNESCO. Uno de cuyos principios axiales es promover una “educación de calidad igual para todos”. Principio pertinente pues es la base del compromiso social de todas las universidades. Para comprender su alcance en el marco de la universidad latinoamericana es preciso agregar a este principio al menos dos vectores: el de finalidad y el de identidad. La finalidad de la universidad no es servir al capital privado, sino al bien público, recordando que dentro de éste está el capital privado, aunque privado de hegemonía y condicionado por otras prioridades propias de la universidad republicana. La identidad o las identidades son otro de los caballos de batalla de la UNESCO, las encontramos campantes en la cultura, relacionándose armoniosas en la diversidad cultural y fundamentales en la idea de paz...

¿En qué consiste, pues, el compromiso social de la universidad? En realidad es un compromiso amplio que se extiende sobre diversos campos vinculados a la reproducción y perfeccionamiento del modelo social: la equidad, la ciencia, la eficiencia profesional, la cultura y la identidad, el pluralismo ideológico, la ética social, la conservación de la memoria histórica y de la universalidad del saber, y la creación de masa crítica. Todo esto en el marco de un *aggiornamento* permanente, que implica su actualización frente al avance del conocimiento, y nuevos diálogos con interlocutores que representan fuerzas de renovación social. Finalmente, más allá del compromiso nacional, la universidad tiene un compromiso continental. Compromiso que puede llegar hasta la integración, especialmente en un continente desunido por la economía y la política y unido por la cultura. Y desarrollar la cultura es misión de la universidad. En este sentido la universidad tiene un papel protagónico en la integración.

Emana este compromiso social de un mandato constitucional. El Estado delega una parte importante de su responsabilidad social en el aparato educacional; en

particular en la educación superior. Misión social fundamental de la universidad pública es garantizar la igualdad de oportunidades. Otras misiones pueden ser incluso discordantes según las circunstancias. En cuanto aparato ideológico del Estado, la educación reproduce el modelo de sociedad establecido por la Constitución. En cuanto al espacio de libertad intelectual y progreso orienta su acción a desarrollar el bien común, que es un bien social, y el pensamiento crítico –incluso en la disidencia en casos de Estados dictatoriales- para formar a los estudiantes en valores ciudadanos, democráticos y universales.

La educación pública es la que está al servicio de la nación; es por ello que es un bien público. Por cierto no quiere decir que no esté igualmente al servicio de la ciencia, la tecnología, la cultura y la empresa. Pero el desarrollo de estos campos son también de interés social y nacional.

Función esencial de la universidad pública en América Latina ha sido desarrollar la democracia. Ofrecer una educación que sea el principal factor igualitario de la sociedad moderna. La educación es el arma clave contra la desigualdad. Está llamada a eliminar las injusticias sociales en cada país y a reducir la distancia entre países pobres y países ricos.

La democracia convive mal con el mercado. La concepción neoliberal de la democracia parte de la teoría del equilibrio que garantiza que la economía de mercado regida por las leyes de la competencia perfecta tiende hacia el pleno empleo y la asignación óptima de los recursos, con la sola condición de que el Estado no intervenga en este proceso. Condición que la democracia tiene que hacer respetar aunque sea negándose a sí misma. Concluyen que este proceso consolida la democracia. Pero la realidad de los hechos es muy otra. Nunca han existido tantas democracias en el mundo como hoy, lo que no ha impedido que las disfunciones económicas, nacionales y mundiales sean hoy más graves y numerosas: el paro que no cesa, el hambre, el aumento de las desigualdades. Muchos son los analistas que lo constatan. Cass Sunstein (*Free markets and social justice*, Oxford Press 1997) señala que la mundialización al operar en un espacio donde no existe Estado –el mundo- atribuye al mercado la totalidad de las funciones que aseguran el funcionamiento del sistema y al proceder de esta manera radicaliza la tendencia liberal de sustituir la democracia por el mercado y lo político por lo económico. A la vez, no se puede olvidar que una política educativa que aspire a la igualdad de oportunidades sólo tiene sentido si se consigue manteniendo una alta calidad de la enseñanza. Tan absurdo sería repartir sin crecer como igualar por abajo a costa de la calidad. Garantizar la igualdad de oportunidades es tanto más importante en América Latina en cuanto esta es la región con mayores desniveles de ingresos en el mundo, pero garantizándola con una exigencia de excelencia.

Es evidente que el concepto de calidad varía con el tiempo y con el cuestionamiento social a que la educación superior tenga que responder. Si discutimos la educación desde su función integradora, en una comunidad iberoamericana, por ejemplo, la cuestión es saber qué es oportuno aprender hoy en América Latina. Una educación de calidad es aquella que permite a todos aprender lo que necesitan para el momento y la circunstancia en que viven. Aprender a valorar. Debe focalizar en primer término la pertinencia social e individual. Además de pertinente debe ser eficiente y eficaz: la eficiencia es una virtud, el talento de lograr un efecto determinado; la eficacia es una capacidad, la de obrar poderosamente. El modelo educativo neoliberal sólo comprende la educación en términos de eficacia, olvida la eficiencia, la pertinencia y descontextualiza la función cognitiva (la separa de sus responsabilidades sociales) en una óptica global multinacional. Y cuando discute calidad de la educación sólo considera factores de eficacia. La educación en valores asocia la función cognitiva a una función

formativa global capaz de promover vínculos con el entorno y entender sus fines en los contextos sociales y de época. Apunta, como veremos, a la formación del profesional social. Por otra parte la educación de calidad no termina nunca, pues el mundo cambia y cada vez más rápido y el saber debe estar constantemente reciclándose porque la exigencia formativa aumenta día a día. Por ello es necesario que el modelo universitario dote a los estudiantes de la capacidad de “aprender a aprender” para que sigan aprendiendo a lo largo de su vida. La universidad debe constituirse como una “aula abierta”.

Por eso, no sólo se justifica la educación pública con un argumento de equidad, sino también de eficiencia: que la sociedad en la cual uno vive tenga un alto nivel educativo no sólo hace la convivencia más soportable, sino que nos enriquece a todos, a través de una mayor productividad. Es indispensable hacer del capital humano el principal recurso de todos cuantos disponemos. Sólo así podremos pasar de la sociedad de la información a la sociedad del conocimiento. El capital humano es un elemento clave para alcanzar mayor productividad y para generar y adoptar nuevas tecnologías. El conocimiento tiende a tener rendimientos crecientes porque puede conservarse, aumentarse, transmitirse y compartirse.

Cualquiera que sea el concepto de desarrollo que se asuma, la cultura desempeña un papel central, lo que confiere a la educación un valor esencial para el desarrollo cultural.

Y esto nos lleva al terreno de la cultura. Ya hemos señalado que la difusión cultural es una función muy importante en países o ciudades periféricas que tienen una limitada oferta para el esparcimiento al margen de la universidad. Pero, sobre todo, es de particular importancia el desarrollo de la cultura como identidad. La afirmación de la identidad en los estudios universitarios debe darle una conciencia crítica al estudiante para que no caiga en una inmadura admiración por lo nuevo y lo que viene de fuera, antes de Europa, hoy especialmente de los EEUU, y comprenda que una forma colonial del pensamiento y moderna del escolasticismo es repetir miméticamente como dogma de fe temas y conceptos avalados por autores centrales. También en la valoración del pensamiento hay centro y periferia. Esto obstruye la comunicación entre las aportaciones clásicas, el pensamiento universal y las de la rica y plural cultura latinoamericana.

Hoy, la amenaza de que en un mundo unipolar se imponga la cultura del hombre unidimensional aparece cada vez más evidente. Es por ello que es preciso, sin rechazar la tradición de las Luces, sin renunciar al imaginario de la modernidad, dar centralidad a la perspectiva de los márgenes, construir nuevos imaginarios forjados en la relación entre las distintas vías a la modernidad. Es una pulsión fuerte en América Latina que se manifiesta en el neobolivarianismo venezolano y en el renacer del indigenismo andino. Ambas tendencias se definen por su rechazo del Consenso de Washington, que organizaba la integración de América Latina, en el marco del proceso de globalización. Márgenes que aparecen como nodos en el sistema global y que introducen en primer lugar una crítica al sistema de etapas de desarrollo, como único modelo de crecimiento. Modelo éste que viene con la filosofía del progreso desde la Ilustración, con Vico y Herder. Se difunde en el siglo XX a través de los modelos civilizatorios occidentalistas, fundados en la morfología de la historia que anuncian la decadencia con Spengler y Toynbee y pasan al pensamiento económico a través de Rostow.

Respecto a la globalización, uno de los grandes temas de nuestro tiempo, la universidad debe discernir criterios de pertinencia. Para instaurarlos debe formar culturalmente y entender la cultura, la cultura como identidad. Tal como la definió la Conferencia Mundial de la UNESCO sobre políticas culturales, celebrada en México en

1982. Sólo desde la cultura podemos crear criterios de pertinencia. ¿Qué son estos criterios? Simplemente las herramientas conceptuales, necesarias para saber discernir en ese enorme caudal de información que nos trae la globalización aquello que conviene a nuestro desarrollo y aquello que refuerza nuestra identidad. Sólo así podemos pasar de la sociedad de la información a la sociedad del conocimiento, que es la de la información seleccionada y procesada. La Sociedad de la información es ancha y ajena, pero la sociedad del conocimiento puede y debe ser nuestra en un estado de derecho, la universidad pública tiene que ser abierta y pluralista. Abierta a la comunidad sin distinción de razas, clases sociales, o fortunas. Y, sobre todo, sin distinción de religiones. Una universidad privada, en cambio, puede ser confesional y muchas lo son. La pública no. El que una universidad sea confesional forma parte de la libertad de enseñanza, pero no del pluralismo. La universidad pública tiene que practicar la tolerancia activa y, en cuanto servicio público, es ella la que puede asumir los principios de la UNESCO. La democracia moderna es inseparable del pluralismo y del neutralismo religioso: pluralista y laica. Estos rasgos identifican la sociedad abierta. Un concepto que introduce la filosofía política Bergson en *Les deux sources de la moral et la religion* (1932) y retoma Popper en inflexión neoliberal, en particular para identificar a sus enemigos: *The Open Society and its enemies* (1945).

En los estados laicos es el estado el que debe decidir de la formación del ciudadano. Formación no es adoctrinamiento. El tema de la educación para la ciudadanía ha demostrado en España lo que es el Estado laico y los peligros de la educación confesional. Atacando la ley por desterrar los valores de la cultura católica -según decían por imponer un curso de educación cívica y dejar como electivo el de religión, la corriente confesional acusaba: “Estamos en el origen de una suplantación cultural del humanismo cristiano que ha vertebrado Europa por un humanismo cívico y materialista que bajo un ropaje democrático oculta su totalitarismo de origen”. La vieja tradición –en particular de la iglesia española- que buscaba la hegemonía dentro del aparato del Estado, parece estar de vuelta. No es de extrañar si pensamos que el pontificado de Benedicto XVI está derivando peligrosamente del conservadurismo al integrismo como se advierte en las constantes concesiones a los movimientos tradicionalistas, contrarios al Concilio Vaticano II. Pero incluso en Estados donde el laicismo no tiene objeciones –como en Francia- es difícil delimitarlo. La querrela de los símbolos es un ejemplo ¿Qué es el laicismo el ocultamiento de los símbolos, lo que en definitiva es un ocultamiento del otro, o la convivencia de todos los símbolos que implica que en un estado multiétnico la identidad nacional que consolida el cuerpo social, puede construirse sobre otras identidades que parten del respeto a las creencias de cada ciudadano? Este es un tema particularmente importante en un mundo que se debate entre dos tendencias: la diversidad cultural que se hace cada vez más presente por las migraciones y la uniformización, a la que se tiende cada vez más por la globalización. La diversidad cultural tal como lo estableció la convención de la UNESCO, en octubre del 2005 significa dos cosas: Integración en un marco más amplio y aceptación de las diferencias culturales. De paso es un claro rechazo a que las “actividades, bienes y servicios culturales sean tratados únicamente desde la perspectiva de su valor comercial”.

El laicismo es fundamentalmente el reconocimiento de la autonomía de lo político y civil frente a lo religioso. Es también una razón republicana, una determinada forma de entender la política democrática y una doctrina de libertad civil. Afirma que todos los hombres son iguales por su capacidad de participar en la formación de la voluntad general, independiente de sus características no políticas (religiosas, étnicas, sexuales, genealógicas, etc.).

Giner de los Ríos definía la universidad como la conciencia ética de la vida. La universidad debe revisar permanentemente el compromiso ético, a partir de los principios universales y los valores ibero- o latinoamericanos. El respeto a la dignidad de las personas, los derechos humanos y la libertad, al Estado de derecho, la igualdad y la solidaridad son la base de nuestra identidad latinoamericana y el fundamento del orden político y la paz social. No son cuestiones estáticas sino que se relanzan permanentemente como respuesta a la activación de determinadas pulsiones políticas, de los efectos derivados de nuevas tecnologías y los movimientos de pueblos.

La ética y la formación en valores van de la mano con el pensamiento crítico. Por eso que resulta alarmante advertir -como se está planteando actualmente en España si pueden seguir manteniéndose titulaciones en las que apenas se matriculan alumnos. Otros expertos analistas universitarios han manejado el límite de 125 alumnos para que una titulación sea viable. Esto implica la desaparición de muchas asignaturas. Entre ellas caería la filosofía. Sacar la filosofía de los planes de estudio es una forma de atacarse al pensamiento crítico. La filosofía tiene comunidad de origen con otra expresión que nos importa especialmente en América Latina: la democracia. Nacieron juntas en una plaza de Atenas y lo que una expresa en el terreno de la política la otra lo manifiesta en el terreno del conocimiento. Los ciudadanos deben saber vivir y pensar racionalmente, sobre muchas cosas, pero en particular sobre el sentido último de la libertad, la igualdad, la solidaridad ciudadana y el bien común, y eso implica ser demócrata y también, a ratos, filósofo.

Desde el punto de vista de los valores la gama de responsabilidades es amplia: una de ellas es propulsar una cultura de paz. Para eso es necesario enfrentarse a todas las formas de irracionalismo, comenzando por las dictaduras y siguiendo por el terrorismo, pero también el irracionalismo económico que altera la paz social. George Lukács, influyen pensador húngaro, nos hizo leer en los años cincuenta *El asalto a la razón* (*Die Zerstörung der Vernunft*, Berlín, 1952), un decisivo estudio sobre el irracionalismo en Occidente. Basta una mirada sobre la actual geopolítica del planeta para constatar con angustia el resurgimiento del irracionalismo bajo diversas formas, el irracionalismo étnico religioso, el irracionalismo económico imperialista, ambos expresados en el choque de civilizaciones. También el irracionalismo del neoliberalismo que privilegia el lucro del mercado por encima de las necesidades del ser humano.

La conservación de la memoria histórica es otra responsabilidad fundamental de la universidad. Para que la nación exista es necesario que se cuente. Si no se cuenta no construye una imagen que le permita hacerse. No hay posibilidades de crear sentimiento nacional sin un relato sobre los orígenes de la nación, sus cualidades únicas, sus héroes y sus hazañas; es decir, sin construir un imaginario. Refiriéndose al espíritu nacional, escribía Hegel que él se formaba por los pasos singulares que daba cada sociedad. Con la historia ese principio se convertía en la determinación de un peculiar espíritu nacional, que era el que imponía un sello común a su arte, su construcción política, su ética social, su sistema legal y sus costumbres y eventualmente a su religión. Ese sello es lo que llamamos identidad. Las “ars reminescendi” que son las prácticas que recogen y transmiten conceptos, uniendo palabras e imágenes, se asocian a las “ars inveniendi” que son las fuerzas que atan, que unen para crear los “teatros de la memoria” que sirven para recordar el pasado. Eso sí es necesario analizar cómo se cuenta la nación. Cada proyecto político lo hace a su manera. Voltaire desconfiaba (pensamiento crítico) y advertía “Un historiador es un charlatán que hace triquiñuelas con los muertos”

La sabiduría alude a la universalidad del saber. Señala Edgard Morin que la hiper-especialización generalizada, la división de los saberes según especialidades cerradas, más la orientación de la educación hacia el mercado, es decir marcada por el

espíritu de lucro, provocan la pérdida de la solidaridad social. Es necesario reivindicar la sabiduría como forma privilegiada del conocimiento. El cientifismo maniqueísta y la carrera curricular han llevado a una fragmentación cada vez mayor del saber. Lo cual no sólo nos aleja de la sabiduría, sino que dificulta el pensamiento crítico. Las ciencias se han vuelto tan especializadas y tecnológicas que se está perdiendo la pasión por el conocimiento. La sabiduría agrega a la erudición la experiencia. La sabiduría contiene la memoria histórica. Hoy se quiere sustituir esta memoria por otra basada en el culto a una inteligencia tecnológica, numérica, digital, con lo cual la sabiduría pierde su lugar y su hegemonía para orientar el conocimiento. La universidad debe responsabilizarse de que ambas inteligencias puedan no solo subsistir, sino que sumarse, puesto que el conocimiento pertinente se construye con ambas relanzar intelectualmente la universidad implica generar masa crítica. Y en un doble sentido. En el de pensamiento crítico, que conduzca a la sabiduría de la duda, que es allí donde el individuo se encuentra con el otro, descubre la diversidad cultural, los derechos humanos y la importancia de la paz. Duda que él sea la medida de todas las cosas y desarrolla el respeto por el mundo entorno, a la vez que descubre la soberbia del individualismo y la importancia de la solidaridad ciudadana y la democracia ¿Qué otra cosa es la democracia sino la duda de que siempre unos tengan razón y los otros estén siempre equivocados? En definitiva descubre la sabiduría para utilizar el saber en beneficio propio y en el interés de la raza humana. Pero también hay que generar masa crítica para crear y avanzar en la civilización. El saber será el mayor factor generador de riqueza en este siglo y, probablemente, en los siguientes. La sabiduría que necesita una comunidad democrática es la sabiduría de toda la nación. Para ello se requiere una universidad abierta.

Actualmente un interlocutor cada vez más presente en la reflexión universitaria es la empresa. El diálogo universidad empresa parece indispensable para el aggiornamento de la educación superior y el desarrollo de la economía y tiene importantes consecuencias sociales. En Europa (estrategia de Lisboa 2000/ Consejo de Barcelona 2002) se les ha dado particular importancia a las plataformas tecnológicas para mejorar el futuro de la competitividad aumentando el gasto en I+D+i para convertir a Europa en la economía basada en el conocimiento más competitiva del mundo. Las plataformas tecnológicas plantean un reto especial. Se basan en la capacidad de las empresas para asumir un papel de liderazgo para identificar necesidades futuras en el ámbito de la investigación y el desarrollo tecnológico que permitan definir estrategias a largo plazo. Esto implica un diálogo Empresa/Universidad para traducir las necesidades industriales en necesidades de investigación y los resultados de la investigación en aplicaciones útiles para la empresa. La Unión Europea ha vinculado la creación del espacio universitario europeo con los objetivos de Lisboa. Mejorar las salidas laborales de los titulados es uno de los objetivos prioritarios marcados en Londres en esta línea. En el I Encuentro Internacional de Rectores de Universidades, en mayo del 2005 en Sevilla, el rector de la UNAM, Ramón de la Fuente, recogió el modelo y abogó por “la búsqueda de un espacio de educación común que reconozca la diversidad, pluriculturalidad y etnias de todas las regiones de América Latina”. En febrero de este año, en Madrid, al inaugurar la fundación Ibero-UNAM, insistió en la creación de un espacio iberoamericano del conocimiento que, a modo del espacio europeo, establecería carreras equiparables que facilitarían a estudiantes y graduados moverse fácilmente entre Portugal y América Latina.

La creación de un espacio universidad empresa ha supuesto muchas críticas en sectores que temen una universidad al servicio de la empresa.

Críticas prácticas, que tienen que ver con la imposición de criterios comerciales en la vida universitaria. El punto de vista central de la educación neoliberal es el de la economía de mercado. Su tesis es que hay que integrarse a una economía basada en el uso cada vez más intenso (creativo) del conocimiento, y en una comercialización cada vez más competitiva. Para lo cual la educación superior debe considerar criterios de competitividad y orientar sus currícula por ellos. Criterios como los que entrega el World Economic Forum (WEF) para ubicar a los países en un marco de competitividad global: Índice de innovación: capacidad de los países para crear nuevos productos, índice de transferencia: capacidad de los países para absorber conocimiento técnico, difundirlo y usarlo.

Críticas filosóficas y antropológicas: La ideología neoliberal que pone la ética del enriquecimiento privado por encima y a costa de todo, reduce la vida humana a un mero análisis de costes y beneficios que desemboca en un individualismo despiadado basado en el cálculo de las ventajas personales. Es el neindividualismo posesivo y consumista que configura la base antropológica y social de nuestra era. Una antropología que reduce y simplifica la visión compleja e integral del ser humano. Creando nuevos excluidos, los parias del mercado, que son “prescindibles” para el sistema. El consumismo se convierte en el criterio más importante de inclusión o exclusión. Así se destruye la dimensión colectiva solidaria y democrática. Frente a esta circunstancia, en el marco de su responsabilidad social, a la universidad, se le plantea una cuestión ética y curricular. Desarrollar un nehumanismo que se enfrente a este neindividualismo, y que forme la conciencia del profesional social en la ética de la inaceptabilidad de considerar a cualquier ser humano “prescindible”.

La consecuencia de esta filosofía es una frase que se le escapó a la reciente ministra de economía del actual gobierno francés, que llamó a los franceses a trabajar más y pensar menos.

Es función de la universidad intervenir en la actualidad tratando los grandes temas del presente y del futuro desde las perspectivas que le son específicas: la profesional, la científica y, subrayo, la cultural. La universidad tiene que ser un principio promotor de la historia: de la historia de un pueblo y de un país, o de una comunidad unida más allá de las fronteras geográficas, para que, además de profesionales, salgan de ella intelectuales capaces de vivir e influir vitalmente según el tono y las realidades de los tiempos. Es una de sus funciones específicas que no debe desatender.

El informe Delors (La Educación, el tesoro interior, octubre de 1996) planteó que la educación debe ser un proceso a lo largo de la vida, y plantea introducir la formación permanente en la universidad. El constante acceso al mayor conocimiento, la educación en la cual cada uno debe constituirse en creador de riquezas, será un ingrediente esencial para potenciar el desarrollo, construir una mayor capacidad de respuesta frente a los desafíos del siglo XXI. Ésta es, sin duda, una de las mayores prioridades y esperanzas del futuro.

Este espíritu que, radicalizado a lo largo del siglo XX, exigía cada vez más democracia, se mantuvo en nuestras universidades hasta la gran crisis del Estado democrático. A partir de la década de los setenta pasa a dominar la ideología monetarista. La democracia se presenta como mejor protegida por el mercado y la cultura se ve estrechamente vinculada a él. Hay una nueva visión del intelectual que desconfía profundamente del saber humanístico, manifestando una fe sin reservas en el saber tecnocrático.

Criticas sociales

El profesionalismo competitivo, idea que orienta la educación neoliberal, rompe las pasarelas de la solidaridad y puede conducir a la formación de conductas depredadoras. No hay que olvidar que el filósofo guía de la economía de mercado es Hobbes ¡Y en su Vulgata!: El “Homo homini lupus” y “Bellum omnium contra omnes” Es de la naturaleza del ser humano -transmite- estar en continuo estado de guerra con los demás.

Y volvemos a nuestras palabras iniciales con algunas pregunta: El derecho que quisiera garantizar la UNESCO: “una educación de calidad igual para todos”, ¿Es posible realizarlo si nos confiamos más y más en la educación privada? ¿Si aceptamos como lo ha declarada la OMC que la educación superior es un bien de mercado? Por otra parte si queremos acercarnos a esta idea en el marco de la responsabilidad social ¿Cuál es la finalidad?

El planteamiento central es concebir una educación moderna, pero teniendo en consideración las exigencias de la sociedad y las del mercado. Se trata de formar un profesional-social. Intelectualmente preparado para ejercer con eficiencia destrezas profesionales y conscientemente formado en sus deberes solidarios de ciudadano, de latinoamericano y de ser humano

Para formar al profesional social son necesarios dos tipos de contenidos: unos podemos llamarlos saberes y otros habilidades. Los saberes son la erudición y se adquieren mediante la instrucción, a través de las asignaturas habituales. Las habilidades, que comprenden hábitos y destrezas, se desarrollan con la educación que, aunque se basa en la instrucción, tiene que ver con otra dimensión del conocimiento: la familiaridad. La vividura que hace inteligible la erudición, y genera destrezas personales, dándonos habilidades y sensibilidades –como el dolor ante las injusticias-, desarrolla virtudes cívicas que nos ayudan a conducirnos en la vida social. Las habilidades no se transmiten con facilidad mediante las asignaturas porque exigen procedimientos vivenciales, donde el afecto, el compromiso y la participación activa son condiciones esenciales para su adquisición. La educación del profesional social requiere la formación en una cultura social, compuesta de valores y abierta al entorno que predisponga a una participación social en servicio de la comunidad.

Por otra parte nunca hemos tenido mejores condiciones de hacer realidad la posibilidad de crear una universidad latinoamericana. Esto está ahora perfectamente a nuestro alcance si la pensamos como una universidad virtual, que además podría establecerse *on-line* sobre grandes redes multidisciplinares de profesores y estudiantes de distintas universidades.

Finalmente quisiera proponer 9 constataciones para pensar la Universidad Latinoamericana del siglo XXI, su compromiso científico y su compromiso social: ya que ambos constituyen su compromiso académico.

1. Hay que avanzar mucho más en el campo de la investigación, el desarrollo, la innovación científica y tecnológica.
2. Por otra parte es necesario detener la fragmentación del saber que conduce al aislamiento del pensamiento y del académico, que quiebra la unidad de las ciencias y escinde el mundo universitario en universidades literarias y politécnicas. Los avances del pensamiento y de la ciencia nos muestran una caída de las barreras del conocimiento fragmentado. El futuro está en trabajar en redes pluridisciplinares.
3. Vemos que esta fracasando un sistema educativo que no es capaz de ir acortando las brechas sociales y las desigualdades. Los estudiantes pobres tienen derecho a buenas

universidades públicas. El país necesita la inteligencia de todos y no puede permitirse considerar una parte de la población como desechable.

4. Constatamos que nuevos métodos se imponen en la enseñanza. *e-learning* y *master online* están revolucionando los modos de aprendizaje. El futuro parece abierto y no podemos todavía precisar los límites de su capacidad educativa, vinculada a mayores y nuevas destrezas de los cibernautas ¿Qué ocurrirá cuando tengamos jóvenes que hayan aprendido jugando? Ya está llegando a las universidades la generación de la videoconsola, que sin lugar a dudas busca un aprendizaje mucho más dinámico, colaborativo y libre. Querrán una educación sin la liturgia de la clase: disciplina ni orden. Crecidos en la interactividad les resultará difícil volver a la pasividad del puro tomar apuntes. Por otra parte, ingenuamente hablamos de Internet como si fuese una tecnología madura, pero en realidad acaba de salir de la infancia. No sabemos a dónde nos puede llevar.

5. La necesidad de valorar el pensamiento y la cultura propios, lo que implica afirmar la identidad como barrera contra el colonialismo intelectual.

6. Si casi hasta la década del 90 del siglo pasado el mayor problema de América Latina era el autoritarismo, el gran problema actual son las desigualdades. Si éste no se resuelve pueden surgir nuevamente tentaciones autoritarias.

7. Al margen de la universidad neoliberal es preciso encontrar plataformas de acuerdo entre la universidad y la empresa

8. Falta de motivación de muchos universitarios ante unos estudios que a menudo no desembocan en un futuro profesional, lo que los lleva a seleccionar titulaciones de acuerdo con los mismos criterios de mercado.

9. Finalmente, pero no por último, es preciso contar con un Mapa de la educación superior de América Latina y el Caribe, como el que está realizando actualmente el IESALC. Ello será un recurso útil del mayor interés para tender puentes y crear caninos que comuniquen y unan la geografía del hacer universitario en el continente.